

LA PASIÓN DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

3- MUERTE Y SEPULTURA

Seguimos la reflexión sobre la Pasión de Cristo siguiendo el Directorio de la Tercera orden de nuestra familia religiosa. Lo último que hablamos fue sobre los 5 modos con los cuales el Señor nos redimió. Ahora hablaremos sobre los efectos.

Efectos

180. Y si abismal es considerar los modos con que nos salva Jesucristo, abismales son los efectos de su Pasión:

1. Nos libera del pecado: *«nos limpió de los pecados con su sangre»* (**Apoc 1,5**);
2. nos libera del poder del diablo: *«ahora el príncipe de este mundo será arrojado fuera»* (**Jn 12,31**);
3. nos libera de la pena del pecado: *«tomó sobre sí nuestras enfermedades y cargó con nuestros dolores»* (**Is 53,4**);
4. nos reconcilió con Dios: *«fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo»* (**Rom 5,10**);
5. nos abrió las puertas del Cielo: *«... teniendo firme confianza de entrar en el santuario en virtud de la sangre de Jesús»* (**Heb 10,19**);
6. le otorga la exaltación: *«por lo cual Dios le exaltó»* (**Flp 2,9**).

181. Debemos todavía tratar de un aspecto ya insinuado pero que ahora queremos explicitar: *«completo en mi carne lo que falta a la Pasión de Cristo»* (**Col 1,24**), enseña San Pablo. Ciertamente que no añadimos nada sustancial al sacrificio de Cristo, pero en el orden de la operación lo completamos de algún modo. En su sacrificio Cristo cabeza ofreció al Padre sus propios dolores y los de todos los miembros de su Cuerpo místico, tomó sobre sí no sólo los pecados de todos los hombres, sino todos sus dolores, eran sufrimientos que sus miembros habrían de sufrir por su amor, los habrían de perseguir porque a El lo servían¹. Cristo «sufrió como cabeza nuestra, continúa sufriendo en sus miembros, es decir, en nosotros»². Por eso «el Cristo estará en agonía hasta el fin del mundo» ya que «la medida total de sufrimientos de todos los hombres no estará colmada hasta el fin del mundo»³.

El dolor

182. El dolor es algo precioso y de incalculable valor ya que es elegido por Dios para redimirnos, cuando se soporta con paciencia, se acepta como venido de Dios y se santifica uniéndolo al de Cristo. He aquí la razón más profunda de nuestro apostolado con los enfermos, que siempre será una verificación de nuestra autenticidad cristiana. ¡Deben ser siempre nuestros preferidos!

¹ Cf. Jn 15,20.

² SAN AGUSTÍN, *Enarraciones sobre los Salmos*, LXI, 4.

³ SAN AGUSTÍN, *Enarraciones sobre los Salmos* LXI, 4.

183. Todos los sufrimientos nuestros habían entrado en el corazón de Cristo en el Calvario. Esos sufrimientos ofrecidos de antemano por Cristo Sacerdote y Víctima faltaban ser cumplidos en nuestra carne. El sacrificio de Cristo, completo en su pensamiento profético, quedará totalmente cumplido en realidad cuando se complete el número de los elegidos. ¡Somos corredentores!

184. Toda la eficacia corredentora de nuestros padecimientos depende de su unión con la Cruz y en la medida y grado de esa unión. Vivimos del sacrificio de Cristo: ningún acto de virtud vale si no fue ofrecido por nuestra Cabeza en la Cruz, ningún pecado es perdonado si por él no suplicó misericordia Cristo en el Gólgota, como ningún dolor es redentor si no se une a la Pasión de Cristo. Si no aprendemos a ser víctimas con la Víctima, todos nuestros sufrimientos son inútiles.

185. Debemos aprender a completar lo que falta a la Pasión de Cristo⁴ con una reparación **afectiva** -por la oración y el amor-, **efectiva** -cumplimiento de los deberes de estado, apostolado, ...-, y **aflictiva** -el sufrimiento santificado-, en provecho de sí mismo y de todo el Cuerpo místico.

186. Por eso los grandes benefactores de nuestros Institutos son sus miembros enfermos, a quienes debemos considerar miembros de privilegio, por quienes debemos estar dispuestos a vender «los cálices»⁵ si fuese necesario para su bien.

b. Muerte en Cruz y Sepultura

187. Cristo con su muerte mata a la muerte: «*La muerte ha sido devorada en la victoria, ¿Dónde está muerte tu victoria?*» (1Cor 15,55), y por eso su muerte da vida: es paso para la resurrección suya y para la nuestra, tanto la espiritual como la corporal.

188. Por eso los cristianos verdaderos consideran: «*si hemos muerto con El, también con El viviremos*» (2Tim 2,11). En el bautismo morimos y esa muerte nos asegura la resurrección: «*Si hemos sido injertados en Él por la semejanza de su muerte, también lo seremos por la de su resurrección*» (Rom 6,5), ofreciendo con El los sufrimientos diarios: participando «*en sus padecimientos, conformándome a El en su muerte*» (Flp 3,10), hasta poder exclamar: «*para mí la vida es Cristo y la muerte una ganancia*» (Flp 1,21).

189. Por eso es «preciso vivir muriendo»⁶, o como canta el poeta: El que no sabe morir mientras vive, / es vano y loco: morir cada hora un poco / es el modo de vivir / ... de la muerte recibo / nueva vida y que si vivo, / vivo de tanto morir. ¡Este es el secreto de toda fecundidad sobrenatural! ¡Todo está en saber morir! ¡Esa es la gran ciencia! «*Si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, quedará solo; pero si muere llevará mucho fruto. El que ama su alma, la pierde; pero el que aborrece su alma en este mundo, la guardará para la vida eterna*» (Jn 12,24-25).

190. Pero la cruz nos ofrece otra magnífica lección. Así como todos los hombres habíamos pecado y perecido **solidariamente** en Adán, ya que «*por un hombre entró el pecado en el mundo... por cuanto todos habían pecado*» (Rom 5,12), así, en Cristo, por ese principio de comunión (koinonía), nuevo Adán, todos encontramos la salvación y la vida: «*los que reciben la abundancia de la gracia y el don de la justicia reinarán en la vida por obra de uno solo, Jesucristo*» (Rom 5,17).

⁴ Cf. Col 1,24.

⁵ JUAN PABLO II, Encíclica Sollicitudo Rei Socialis, 31. Desde ahora Sollicitudo rei Socialis

⁶ TOMÁS DE KEMPIS, *Imitación de Cristo*, L. II, cap. 12.

191. Jesucristo asume en sí la representación de todos los hombres: «padeció por mí, pagó por mí y murió por mí»⁷. En El estamos recapitulados y como concentrados. Esta tan íntima y misteriosa compenetración y como identificación de Cristo con cada uno de nosotros es lo que hace que Cristo asumiese nuestros pecados, se los apropiase: se hizo pecado⁸.

192. Ahora bien, no sólo murió en representación nuestra, sino que también, morimos todos nosotros, representados y contenidos en Él. Él y nosotros, nosotros y El, formamos un todo único, un bloque compacto: «*todos vosotros sois uno en Cristo Jesús*» (**Gal 3,28**). Por eso morimos también nosotros en la Cruz, por la compenetración moral o identificación mística de las personas. Por esa misteriosa solidaridad o inefable comunión de los hombres con Cristo, **en raíz**, hemos muerto en Cristo.

193. Por morir Cristo verdaderamente en representación de todos los hombres fue necesario que todos nosotros, de alguna manera, muriésemos en Él y con Él: «*si uno murió por todos, luego todos murieron*» (**2Cor 5,14**), o sea, todos en El hemos muerto. Morir todos porque muere el uno supone que todos están en el uno y que el uno y todos sean lo mismo: «*todos somos uno...*» Debemos realizar **de hecho** lo que en la Cruz se realizó **en raíz**: debemos morir, de hecho, al hombre viejo, al pecado, a los afectos pecaminosos, hasta a la misma apariencia de mal.

194. Debemos morir totalmente al propio yo. Hay tres momentos en la perfecta abnegación de sí mismo: la mortificación cristiana, el espíritu de sacrificio, y la muerte total al propio yo. A este tercer momento es muy difícil remontarse. Se logra mediante un trabajo **perenne**. Se trata de **morir para vivir**: «*estáis muertos y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios*» (**Col 3,3**). La vida de Cristo fue una muerte continua, cuyo último acto y consumación fue la Cruz. Por diversos grados de muerte se establece en nosotros la vida mística de Cristo:

- muerte a los pecados, incluso a los más ligeros y a las menores imperfecciones;
- muerte al mundo y a todas las cosas exteriores;
- muerte a los sentidos y al cuidado inmoderado del propio cuerpo;
- muerte al carácter y a los defectos naturales: no hablar u obrar según propio humor, o capricho, mantenerse siempre en paz y en posesión de sí mismo;
- muerte a la voluntad propia y al propio espíritu: someter la voluntad a la razón, no dejarse llevar por el capricho o las fantasías, no obstinarse en el propio juicio, saber escuchar, estar siempre alegres con lo que Dios nos da;
- muerte a la estima y amor de nosotros mismos: al amor propio;
- muerte a las consolaciones espirituales, que un día Dios retira completamente, y al alma todo le molesta, todo le fastidia, todo le fatiga, la naturaleza grita, se queja, se enfurece; - muerte a los apoyos y seguridades con relación al estado de nuestra alma: experimentar el abandono de Dios...;
- muerte a toda propiedad en lo que concierne a la santidad: entera desnudez. Ya no se ven los dones, ni las virtudes, sólo los pecados, la propia nada.

⁷ SAN JUAN DE ÁVILA, *Sermones*, Domingo III post Pentecostés, T. II, 295.

⁸ Cf. 2 Cor 5,21.

195. Debemos aprender a descubrirnos, a nosotros y a los demás, en el Corazón y en las llagas de Cristo, y así comprenderemos lo que le pedimos cuando decimos: «dentro de tus llagas, escóndenos»⁹, ya que «hemos sido hechos Cristo»¹⁰.

Locura de la Cruz

196. Pero debemos tener en cuenta, aún, otra cosa más: la locura de la Cruz, que es «*la locura de Dios, más sabia que la sabiduría de los hombres*» (1Cor 1,23.25). Esta locura consiste en vivir en el **más** y en el **por encima**, es decir, donde cesa todo equilibrio, todo cálculo, todo «te doy para que me des». Esta locura comienza allí donde ya no se cuenta, ni se calcula, ni se pesa, ni se mide. ¿Amas sólo al que te ama?, ¿das sólo al que te lo puede devolver?, ¿haces favores sólo a los que te dan las gracias?. ¿Qué importancia tiene todo eso? «*¿no hacen eso también los paganos?*» (Mt 5,47).

197. La locura de la Cruz consiste en vivir las bienaventuranzas. ¡Bienaventurados los locos por Cristo! Se los llevará de aquí para allá, se reirán de ellos y los tendrán por torpes, atrasados y, aun, débiles mentales: de ellos es el Reino de los Cielos. ¡Bienaventurados los locos por Cristo! porque se han despojado a sí mismos y están ante Dios con toda su candidez. ¡Bienaventurados estos locos por Cristo!, ninguna sabiduría del mundo podrá jamás engañarlos. Es la locura del amor sin límites ni medidas. Es bendecir a los que nos maldicen¹¹, es «*no devolver mal por mal*» (Rom 12,17). Cuando el mundo nos diga: ¡Mirad a los locos! Se les tiran piedras y ellos besan la mano que las tira. Se ríen y burlan de ellos y ellos ríen también, como niños que no comprenden. Se les golpea, persigue y martiriza, pero ellos dan gracias a Dios que los encontró dignos. Cuando el mundo diga eso: señal que vamos bien. ¡Locura del amor!, «pero que la locura de la Cruz hace más sabia que la sabiduría de todos los hombres»¹².

c. El descenso a los infiernos

198. Enseña San Pedro que Cristo «*fue a predicar a los espíritus que estaban en la prisión*» (1Pe 3,19), y agrega, «*fue anunciado el Evangelio a los muertos*» (1Pe 4,6).

199. La “kénosis” de la Encarnación del Verbo se prolonga a su Pasión y Muerte, y llega a su plenitud cuando desciende a los infiernos, de tal manera, que si dejásemos de considerar esta verdad de nuestra fe estaríamos disminuyendo en algo la realidad de la Encarnación.

200. Allí mostró el fruto de su Pasión a los santos del Antiguo Testamento, a los Patriarcas y Profetas, a San José y San Juan Bautista, a los Santos Mártires Inocentes, al buen ladrón... y les comunicó la bienaventuranza gloriosa.

201. También consoló a las almas del Purgatorio, sacando de allí a las que estaban suficientemente purificadas. En nuestra opción preferencial por los pobres siempre debemos tener presentes a estas benditas almas para sufragar por ellas.

Gran misterio el de la Cruz. La Pasión de nuestro Señor no es solamente para meditar en Cuaresma. La Pasión de Cristo habría que traerla en lo posible diariamente. Es el

⁹ SAN IGNACIO DE LOYOLA, *Ejercicios Espirituales*, Anima Christi.

¹⁰ SAN AGUSTÍN, *In Ioannis Evangelium Tractatus*, XXI, 8.

¹¹ Cf. Rom 12,14.

¹² Instituto del Verbo Encarnado, *Directorio de Espiritualidad*. [181].

misterio que tiene que marcar nuestra espiritualidad cristiana porque ha marcado la vida de todos los santos. Tenemos que lograr configurar nuestra vida con la del Señor.

Como dirá el padre Casanovas cuando quiere de algún modo resumir la espiritualidad de San Ignacio en los ejercicios «Continua mortificación para continuamente hacer la Voluntad de Dios». Si no hacemos toda la Voluntad de Dios es porque no hemos muerto a algo. Si tenemos algún afecto desordenado es porque a algo no hemos muerto. No sólo al pecado, sino a cualquier cosa a la que no hemos muerto, y es necesario ponerle ese color sangre, en el sentido de darle a nuestra meditación, a nuestra espiritualidad esa impronta de la Cruz del Señor sin la cual no hay vida verdadera ni duradera ni perseverante, ni tampoco vamos a dar vida a los demás. La Cruz todo lo que toca lo fecunda.

No tengamos miedo a la Cruz. Y si hay nuevas cruces... Dios dará la gracia. La disposición nuestra es “_Señor que se haga Tu Voluntad”. Los santos simplemente dijeron que sí al Señor.

O nuestra espiritualidad es una espiritualidad de Cruz, es decir que tenga en su centro la Pasión del Señor, o no será nada, porque si hubiera otro camino para ir al Cielo, para santificarnos, para ser corredores Jesús lo hubiera enseñado, lo hubiera vivido, lo hubiera proclamado.

Pidamos una y otra y otra vez el amor, la ciencia y la alegría de la Cruz. Y para eso aprovechemos cada pequeña cruz que el Señor nos regala.

Como Santa Teresa que en el río se golpea la rodilla y se queja al Señor. El Señor le dice «_Teresa, así trato a mis amigos». «_Con razón tienes tan pocos» ella le respondió.

Queramos ser amigos del Señor, porque esas pruebas después son pagadas con creces.

Santa Teresa dice «Una gota de celestial consuelo vale más que todos los placeres y deleites de esta vida». Y en poesía lo dice San Juan de la Cruz «...que toda deuda paga».

Que nuestra Madre, la Virgen de los Dolores, que desde su corazón traspasado por esas siete espadas se digne enseñarnos a sufrir, a estar junto a Ella, pidiéndole protección y fuerza al pie de la Cruz.

¡Ave María y adelante!